

NOSTALGIAS DE RÍO SANTIAGO

Quería anotar algunos recuerdos antes de que se desdibujen en mi cerebro, cuya agudeza va mermando. Al respecto, me reconfortó un artículo redactado hace poco por un eminente psicólogo que decía: “No se preocupe si no encuentra las llaves del coche; preocúpese si no sabe para qué sirven las llaves”. Por el momento, sigo sabiendo para qué sirven.....

En primer lugar tengo que hacer una confesión: mi abuela argentina, que me preparaba para el examen de ingreso (había sido profesora, además de ardiente antiperonista. Cumplió los 70 años en la cárcel por este motivo en 1953, pero no tenía resentimiento, y sostenía que “la primera víctima de la dictadura fue no la libertad, sino la gramática”), previó que el tema de la composición requerida a los aspirantes podría ser “Por qué quiero ingresar al Liceo Naval Almirante Brown”, y me redactó un texto jalonado de frases altisonantes, como “hombría de bien”, “adhesiones ineludibles” y “perpetuado en el bronce”, que me aprendí de memoria. Genial, porque fue justamente ése el tema, y mi composición fue apreciada. Me lucí algo menos en otras materias, pero tal vez les resulté interesante por haber pasado 10 años en el extranjero, y por hablar castellano todavía con un ligero acento. Para divertirse, la mesa me preguntó “¿Qué es un boliche?” Como en Inglaterra las tabernas se llaman “public houses”, traduje literalmente y contesté que un boliche era una casa pública. Risas incontrolables.....

Durante varios meses había tomado el tranvía para prepararme para el ingreso en la Academia Márquez en Buenos Aires. ¿Tranvía dije? Sí: en 1961 todavía los había, esos monstruos ruidosos con bancos de madera incomodísimos, conductores en su mayoría gordos (¿y que incluso fumaban?) y rieles traicioneras que te apresaban la rueda de la bicicleta para catapultarte al asfalto. Hablando de progreso, en 1962 nuestro tren especial al Liceo ostentaba todavía uno o dos vagones de madera del viejo ferrocarril construido por los ingleses, que eran bastante cómodos pero crujían de forma alarmante.

El reclutamiento no me resultó arduo, tal vez por la corta edad y por estar acostumbrado a obedecer órdenes (pero obedecer demasiadas tiene su precio en la vida, y después de cinco años en el Liceo ya no quería obedecer muchas más), y a pesar de los constantes gritos, advertencias, silbatos y admoniciones. “¡Mire al frente!” – “¡Clave taco!” – “¡Saque pecho!” (“¡COMPRENDIDO BRIGADIER!”)- “¡Hacia la alameda carrera mar!” - “¡Volar a las divisiones, bípedos!”), y con frecuencia la temible frase “¡Hágase castigar!”. Los castigos variaban entre Arresto Uno, por no pegar las manos en formación y Apercibimiento del Señor Director, texto que era leído en voz alta a la víctima cuadrada delante de todo el cuerpo. Cada tanto teníamos que llevar la hoja de castigos a casa para que la firmaran nuestros padres. Tuve que explicar a mi madre la falta tipificada como “hacer gestos”, porque en los ejércitos anglosajones esta transgresión se llama “insolencia muda”. Creo que nuestro compañero Ponce obtuvo la única estrellita por buena conducta al concluir el primer trimestre: una verdadera hazaña, aunque con los años se nos hizo cada vez más fácil adjudicárnosla. Al principio raramente nos decían “Felicitó a la división por la voluntad prestada”; esto más bien nos lo decían en cuarto año cuando exhibíamos indicios mínimos de aptitud militar. Mis brigadieres Balduzzi y Krausbeck

eran bastante benévolos y muy simpáticos, aunque otros eran más severos y no solamente repartían abundantes castigos, sino que se acordaban a quiénes había que encanar por no pasar un parte (medio turno sin salida). No dormías tranquilo cuando te decían: “Venga a verme mañana después de pabellón”. En general las noches eran calmas, aunque matizadas a veces por “¡¡IMAGINARIA DE PRIMER AÑO!!”. Qué suerte que ya no tenemos que ser cabos de cuarto, llenando un cuaderno con datos (¿qué datos, a las cuatro de la mañana?) frente a una luz mortecina. Las luces de los buques eran aun más siniestras, despidiendo, en palabras de Edgar Allan Poe, un fulgor sulfuroso. El rigor del régimen no me parecía demasiado terrible, porque después de los castigos corporales del colegio inglés, a mi el mero “cuerpo a tierra” me representó un avance humanitario gratificante (o una “jauja,” para no ser tan pomposo). Otro hecho curioso es que cuando nos ordenaban, por ejemplo: “¡División, salto arriba”!, los que tenían un certificado médico estaban autorizados a extender las manos hacia adelante y limitarse a flexionar los dedos, castigo que actualmente no escandalizaría ni al tribunal europeo de derechos humanos. Cuando ingresamos les costó a algunos estar lejos de sus hogares, pero como yo ya había sido alumno pupilo desde los 7 años, y además salíamos todos los fines de semana, a mi el régimen me parecía espléndido, y sólo era cuestión de evitar los turnos sin salida. Creo que lo pasábamos mejor que los colimbas (¿se escribe así?) de la base naval y que los cadetes de la Escuela, cuyo régimen era más severo y sin duda habrán pensado que nosotros éramos unos “tirados” carentes de vocación, aunque con algunas excepciones, por supuesto (ver la nómina de almirantes).

El cura Manuel Ignacio Ballari fue muy amable con nosotros (incluso permitía fumar a algunos en su pequeña oficina), aunque observé que los de otras promociones extrañaban a un cura anterior de nombre Fernández, al que nosotros no conocimos. Más tarde Ballari sufrió varias enfermedades graves e incluso quedó ciego, que soportó con gran entereza. Nos enseñaba la Moral (no recuerdo los detalles de esta materia, ni si de hecho fortaleció mi fibras éticas). Trajo para darnos conferencias al Provicario Castrense monseñor Victorio Bonamín, un prelado imponente que nos instaba: “Jóvenes, leed y pensad”. Varios compañeros nuestros eran ávidos lectores (Bonet, Gravenhorst, Cédola, entre otros) y ojalá yo le hubiera tomado el gusto a la lectura a una edad más temprana, sin la obsesión de sacar altas notas. Mientras otros se aburrían en Arresto a las nueve de la noche, yo asistía a Estudio Voluntario. Qué idiota: ¿por qué no me habré escapado al cine, fumado un pucho o leído una novela pornográfica? Es cierto que más tarde en la vida uno lamenta más bien las cosas que no ha hecho. Yo envidiaba a los “bochos”, que preguntaban, la noche antes del trimestral: “¿Qué hay que estudiar, che?”, y después de una somera leída, sacaban notas altas al día siguiente, mientras que los de cráneo más duro como yo teníamos que “palmar” como “rocas” para retener los temas.

Hablando de jardines, leí alguna vez que las naves de antaño tenían un sector de letrinas en la popa consistente en un banco con diversos agujeros que daban al mar y que se llenaban con macetas cuando nadie estaba sentado encima. Creo que en el Liceo nos instalaron inodoros recién cuando estábamos en tercero o cuarto año, y hasta entonces sólo teníamos el proverbial agujero en el piso. Mi temor era dejar caer las llaves (ya que no llevaba plata encima). Era un arte equilibrarse con el codo apoyado en la pared de atrás, posición que desaconsejaba la lectura, sobre todo en invierno.

¿Y cuántas formaciones había por día? Recuerdo la de las 10 de la mañana, cuando hacíamos cola para comer el sandwich, o como lo llamaba el brillante y correctísimo Otegui, el emparedado. Me gustaba el mate cocido (en Europa lo llamaban “té paraguay” hasta hace poco tiempo), pero qué placer experimentamos al llegar a quinto año cuando se nos permitía “batir” el café instantáneo con azúcar y formar espuma.

Se rumoreaba que algunos brigadieres seducían a las camareras. Sin duda eran irreprochables, pero las que eran más objeto de comentarios (e incluso de artículos sorprendentemente atrevidos en “Popa al Charco”) eran Mabel y Titina. Pero dejemos de especular y concluyamos el tema con la frase “¡Qué rancho que se hizo el gaucho!”

A mi la sola existencia de camareras me parecía un gran lujo (y ni hablar de un “¡GAMELERO!”). La que servía mi mesa en primer año era una señora simpática y maternal llamada “Reina” Barroca. En el primario inglés yo tenía que hacer mi cama y llevar mis platos a la cocina. A veces el director recorría los dormitorios y dejaba caer una moneda sobre tu frazada. Si no rebotaba, tenías que hacer la cama de nuevo. Yo llegué a Inglaterra de la Argentina en 1953 cuando el racionamiento posguerra recién había terminado, pero igual la comida en la escuela era horrible. Si dejabas, por ejemplo, una papa en el plato de la cena, te la ponían en el plato del desayuno, y así hasta que te la comieras. Yo me ponía un postre asqueroso de higos en el bolsillo para evitar comerlo.

Que los parió.

Así que la comida del Liceo me resultó buena, aunque ya llegaré al tema de la de los embarcos. (Para que tengan una idea del racionamiento, al comenzar la Segunda Guerra mi madre, de jovencita, cuidaba a veces a los chicos de una vecina. La vecina le pagaba, por cuatro horas de cuidados, un huevo. Cuando avanzó la guerra y la situación empeoró, las amas de casa sólo podían conseguir huevos en polvo. Palabra de honor. Iba a decir “Sí, juro”, pero con eso ya entraríamos en temas más serios.....)

Un compañero encontró hace poco una foto del dormitorio del Liceo; faltaría ahora una del baño en que nos duchábamos a la tardecita (¡¡MÁS FRÍA!! - ¡¡MÁS CALIENTE!!). Nos daban aproximadamente un minuto para enjabonarnos y otro para enjuagarnos, para que pudiera entrar la próxima tanda de bisoños. Es raro pensar ahora que durante años me duché con 20 compañeros y dormí con 350.....

La fórmula para ingresar al aula era: “Permiso brigadier, cadete de primer año primera división Fulano de Tal solicito autorización para alojar la división”. Después, cuando llegabas a cuarto año, te acercabas arrastrando los pies, luciendo porra y con el birrete posado en la cabeza como una avioneta de papel y murmurabas “¿Puedo alojar, brigadier?”. La forma del birrete cambiaba sutilmente en función de la antigüedad, comenzando calzado hasta las orejas en primer año (un cierto compañero nuestro era un ejemplo de corrección en ese sentido, aunque no quiero decir con esto que los demás fuéramos cuadros al óleo, con nuestras fajinas voluminosas, borcegués gastados y gabanes amorfos). Algunos brigadieres eran muy prolijos, con pantalón planchadísimo, y

en lo posible el blanco contrastando con el azul de la roseta argentina, tenían una buena colonia en la taquilla e incluso había uno que usaba brillantina (ignoro con qué consecuencias para su gorra). Me pareció que el uniforme sí era elegante, e hicimos varias salidas a SADOS en Buenos Aires para probárnoslo. ¿Por qué fuimos la primera y única promoción en usar capote? Yo le compré la capa a un egresado porque me parecía más elegante, y no sé qué fue de ella después de egresar. Hubiera sido demasiado excéntrico usarla para ir al Colón como en la *belle époque*, aun quitándole las anclas doradas de las solapas, para no quemar a la institución. (¿Se usa todavía este verbo “quemar”? Debido a mi larga ausencia estoy desactualizado, aunque no tanto como mi hermano, que abandonó la Argentina en 1965 y sigue hablando de los “caqueros”). Ah, y ¿alguien volvió a usar ligas alguna vez? Reconozco que eran prácticas, pero ahora parecen algo anticuadas (y poco oportunas en situaciones eróticas).

Una actividad que por suerte ya no realizamos ahora es el “alísta”. De repente tocaban Diana (¿es cierto o es camelo que hubo un oficial de marina que le puso a sus hijas “Diana” y “Gloria”?), y en seguida se oían gritos de “¡CUENTO HASTA DIEZ Y TODOS DESALOJAN EL DORMITORIO!” , para formar precipitadamente en la plaza de armas, donde tiritábamos con los cordones desatados, el pelo ensortijado, la vejiga llena, y la íntima neblina en el rostro.

El que hubiera desdeñado el gabán era Marcogliese, que cuando hacía cero grados insistía, con esos labios gruesos y voz medio ronca: “Hoy daban ganas de salir desnudo”. A mi criterio fue, si no el más asequible, sí el personaje más memorable de todos, capaz tanto de divertirnos con un comentario pícaro como de pasmarnos con una arenga incendiaria.

No me he olvidado de muchos otros profesores, y sobre todo de los más graciosos, como Bellisomi. Su cabeza de generosas proporciones albergaba un intelecto sorprendente, y al mismo tiempo era muy ocurrente. Una vez alguien le preguntó: “¿Con qué pego las dos hojas del examen, señor?” “Con semen”, contestó, soltando su carcajada melodiosa. Su colega Valero era más reservado, aunque nos inculcó el gusto por la música y visitamos con él y el coro varios lugares, entre ellos una base naval, donde pernoctamos en el Belgrano (¡parece mentira ahora!). En general los embarques no me gustaban, y no solamente por las albóndigas grasosas, el estofado de origen ignoto y las ensaladas de lechugas fatigadas y tomates desesperanzados (que sí agradaban a algunos...). Me aburrían las guardias, y sobre todo las que comenzaban a las 4 de la mañana, porque después ya no podías dormir más. Nunca me tocó hacer guardia de “iceberg”, pero recuerdo a los que la acababan casi moribundos de hipotermia. Pero visitamos lugares interesantes como la Isla Decepción y la Antártida, y cuando estábamos en los canales fueguinos, Hugo bajó a buscarnos a las entrañas del buque, donde estaríamos baldeando el sollado o realizando alguna otra tarea heroica, para urgirnos a subir y admirar el paisaje. Cuánta razón tenía, y siempre he envidiado a los que adquirieron una pizca de sabiduría antes que yo. Había algunos aspectos buenos: comparto el consenso respecto a la exquisitez del sandwich de carne a altas horas de la noche (y los “orgasmos” resultantes). Varios compañeros han escrito hace poco sobre el embarque que hicimos por el río. No me tocó dormir en coy, pero sé que varios lo hicieron y espero que sus

riñones hayan perdurado. ¿Cuántas camas había, una encima de la otra, en los sollados de los buques más grandes? Creo que cuatro cadenas se extendían desde el techo hasta el piso (sin duda “techo” y “piso” tienen su equivalente en jerga naval), sosteniendo seis u ocho camas. Era difícil meterse en las camas del medio, y sólo el que estaba en la más alta tenía el lujo de poder sentarse en la cama. Tuvimos también un diálogo electrónico hace poco sobre el embarque que hicimos con escala en Montevideo. Recuerdo que visitamos al embajador argentino Santos Muñoz y que Ribera nos enseñó a cantar el himno uruguayo: “Orientales, la patria o la tumba, libertad o con gloria morir”. Los embarcos eran especiales por sus muchas ocurrencias, situaciones y bromas particulares, y todavía tengo en la mente la frase “pañol de humo”, aunque no recuerdo cuál fue exactamente el chiste.

Bogliano era otra personalidad dominante, y no sólo por su erudición. Entre paréntesis, yo había visto varios académicos que lucían moñito en Europa, pero no en la Argentina, pero a él, por su carácter profundamente individual, le quedaba perfecto. Combinaba su elegancia y gran cultura con una actitud muy directa. Una vez cuando la división estaba desprolija, llamó al encargado y le gruñó: “Cadete, usted en su casa, ¿deja que la mierda le llegue al cuello?”. Nos enseñó, entre muchas otras cosas, la Épica de Gilgamesh, y aquí a las escasísimas personas que tienen noticias de ella les sorprende que yo la conozca. “Educación argentina, señores, educación argentina”, les digo, aunque no me creen cuando les digo que teníamos unas 14 materias por año. Hay muy pocos europeos que tengan noticias de la trigonometría, por ejemplo, y ni siquiera de materias que a nosotros nos parecen comunes, como botánica y anatomía, aunque un periodista europeo dijo una vez: “Niéguese a permanecer despiertos durante las clases de álgebra. En su vida posterior, nada se parecerá al álgebra”. Y es cierto que en mi vida posterior nunca he tenido que preocuparme, por ejemplo, de la ubicación de la estrella Betelgeuse, aunque acepto que algunas materias eran más especializadas (Historia Naval). Creo que puedo jactarme de ser el único habitante de estas islas que ha estudiado Moral, Señales e Higiene. Los planes de estudio argentinos eran años luz más avanzados que el de mi primario inglés (y en su secundario inglés, mi hermano tenía cinco materias, de las cuales él podía elegir dos, pagando altas tarifas por el privilegio). Recibimos una educación muy completa, aunque el chiste en el Liceo era que la dirección había contemplado darnos clases de artes marciales, pero Molina no tenía tiempo.....

Poca latitud nos daba el serio y reservado Surraco, cuya mera presencia imponía el orden (era el prototipo de hombre al que yo “no le hubiera discutido la hora”), y que nos vigilaba desde el fondo de la clase. Tenía la costumbre inquietante de acercarse, mirarte fijo y decir, por ejemplo: “Cadete, ¿cuál es el precio de la libertad?” Por supuesto que te quedabas paralizado como una liebre ante los faroles de un coche. Al rato, Surraco decía: “La eterna vigilancia, cadete, la eterna vigilancia”. Su mejor alumno de historia era Davincho, a quien asocio también con proezas deportivas.

Hablando de lo cual, yo prefería la gimnasia y los eventos “independientes” en que no se colaboraba con otros (¿autismo incipiente?), como el salto en alto o en largo o los 100 metros, en que hay competencia pero no confrontación y no tenés que patear pantorrillas, recibir poderosas embestidas o hacer tropezar al otro equipo. Admiraba a los que jugaban

al fútbol o al rugby (a pesar de los accidentes sufridos: recuerdo al eminente arquero Marquito con un yeso en el tobillo) con el mismo entusiasmo en días soleados que en condiciones lluviosas, disputándose en el barro unánime (este adjetivo se lo afané a Borges. El escritor Anatole France dijo: “Cuando algo se ha dicho y se ha dicho bien, no dude un solo instante: róbelo”). Y todas las contiendas celebradas con “Huincan quenca lerenca lerenca”. Creo saber quién fue el autor de este cántico tribal estremecedor....

A la vigilancia también nos instaba el profesor Molina, responsable de Educación Democrática. Por la variedad de materias que enseñaba, debió haber sido un hombre verdaderamente renacentista. Mi abuela me dijo que habían introducido la materia Educación Democrática a los planes de estudios del país a partir de la Revolución de 1955, aunque no sé si ya cuadraba bien con el régimen implantado el 28 de junio de 1966 cuando se hizo cargo Onganía (y disolvieron el Congreso). Nos anunciaron ese golpe de estado cuando estábamos formados para pabellón. Dos semanas más tarde, el 9 de julio, desfilaros espléndidamente por la Avenida Libertador (“¡¡DIVISIÓN, VISTA DERECHAAAA!!”). Me irritaba tener que presentarme a las ocho de la mañana para comenzar a desfilar a la una de la tarde, pero reconozco que eran ocasiones interesantes. Y en ese desfile de 1966 participaron integrantes de un regimiento inglés que lucían una prenda superior hecha de pieles de tigre, una excéntrica reliquia colonial, y que fueron las estrellas de la parada.

Otro docente bastante serio era Oteiza, que se limitaba en general a llamarnos al frente. Tenía la costumbre de entrar, sentarse y decir “Bueno”, pero como lo decía con su acento particular, sonaba más bien como “Buah” (Ese acento siempre me ha resultado encantador: hagan una breve pausa y pronuncien con acento correntino: “El torrentoso corredor del río Ródano”). Un día Telmo Juan pensó que Oteiza había dicho no “Buah”, sino “Juan”, y se paró y dijo “No estudié, señor”, ligando un uno. Mala suerte, pero esto es prueba de que no todo se puede controlar en la vida: hace poco murió un colega de mi hermano y él escribió un pésame y le pidió a su empleado que le pegara una estampilla y lo echara al correo. Pero en esa semana el tema de las estampillas inglesas eran las películas viejas, y el pésame fue enviado exhibiendo la cara de Drácula.

Mazzarello, el profe de literatura, era intenso y enérgico, y una vez le preguntó a un cadete impertinente: “¿Has leído a Maritain? ¿No? ¡Es imperativo que te calles!”. Pero en general creo que los profesores se sentían cómodos al enseñar a jóvenes bastante disciplinados como nosotros, y se desplazaban con gusto desde La Plata y otras localidades venerables como Ezpeleta hasta nuestro paraje envuelto en las brumas de la rada. Esa disciplina me vino bien más tarde: cuando trabajaba en un banco en Buenos Aires, me sorprendía la actitud informal de los otros empleados “civilacos” al tratar con los directivos, porque para mí un gerente era como un capitán de navío y un director era como un almirante, y subsistía en mí en cierta medida esa actitud de “¡Atención!” “¡Continuar!”. Mis jefes apreciaron ese respeto, posiblemente excesivo, pero tal vez sea demasiado tarde para reflexionar sobre lo que dijo una vez el padre de un compañero nuestro: “Y las locuras, ¿para cuándo?”.

Otra presencia importante era la de Petrocelli (“che, ¿qué hay que estudiar para el matemático?”). Era un hombre generoso y cordial, pero cuando se inclinaba sobre mi cajonada, miraba mi hoja y exclamaba “¡Error grave!”, casi me daba un infarto, aunque yo no temblaba como lo hacía en el primario inglés cuando aparecía el director. Claro que éste ostentaba una colección de cañas de bambú en su oficina, entre las cuales elegía lentamente la más idónea para flagelarte mientras esperabas el tormento. En aquel entonces yo era muy correcto (además de monaguillo, contestando al cura en latín en la década de 1950, pero ése es otro cuento), aunque a veces ligaba de todos modos porque al igual que en el Liceo, existía el crimen de “no presentarse los autores de una falta”.

De Cosentino recuerdo su expresión impávida y el pucho infaltable en la mano (calculo que sólo Dillon fumaba más que él). Creo que tenía un asistente joven de apellido árabe al que decíamos “El Fakir”. De química no quiero hablar, porque tengo feos recuerdos de mi único aplazo, además de diversas angustias y malos ratos, y sólo diré que la modalidad de su enseñanza podría haberse resumido como “¿Besos? ¡Pero no darlos!”

El Pepe Silva, otro personaje fascinante con una miopía entrañable, parecía estar siempre activado por adrenalina. Al comenzar la clase nos apuntaba a todos uno por uno con el dedo durante más o menos un minuto antes de decidir quién tenía que pasar al frente, que solía ser el que hubiera movido un músculo. Sus anécdotas rivalizaban en bizarría con los de Marcogliese, y Manzi lo imitó genialmente en el teatro de fin de año.

¿Qué era lo que nos enseñaba el profesor Davis? Lamentablemente, sus clases tenían lugar no solamente después del almuerzo, sino también después de una sesión de gimnasia enérgica con Telémaco González, así que nos resultaba casi imposible no dormir en la clase, arrullados por su voz suave. Lo mismo me ocurría los lunes a la tarde, porque los domingos dormíamos menos horas por llegar tarde al Liceo a la noche, y a la mañana hacíamos natación en la Escuela Naval, así que después de los ravioles que nos servían para el almuerzo, lo único que yo deseaba era dormir la siesta.

Recuerdo cuando Romagosa nos explicó los rudimentos de la reproducción, de los que todos teníamos ya alguna idea, así que el tema no fue nada sonrojante. Mi madre me los había explicado cuando tenía unos 9 años (se vio obligada a hacerlo cuando yo pregunté qué estaba haciendo un cierto perro del barrio), y cuando me di cuenta de que mi hermano mayor ya estaba enterado de todo, me dio mucha bronca que no me hubiera contado nada. Claro que los rudimentos son fáciles, comparados con lo que tenemos que aprender solos por nuestra cuenta más tarde: pasiones, celos, incompatibilidad, rechazos, calenturas, infidelidad, etc.

Ureña era un profesor de la vieja guardia, alto y elegante, y blandía la tiza exquisitamente, llenando el pizarrón de teoremas prolijísimos, que no eran mi pasión, pero he leído que estas materias “te disciplinan el cerebro”. En el primario inglés se estudiaba latín, y como yo hablaba castellano, aventajaba a mis compañeros. Traigo esto a colación porque aquí es axiomático que el latín “te disciplina el cerebro”. Además hay una cierta actitud “snob” al respecto en este país, y cuando le preguntaron a un aristócrata si era necesario que un hombre sepa griego y latín para presumir de ser un caballero,

contestó: “No, pero tendrá que haberlos olvidado”). Una vez Ureña nos retó por alguna falta con un refinamiento y una moderación admirables, aunque no sé cómo actuaría ahora cuando los alumnos disponen de celulares, se villanas y la actitud de que “usted no me pueda hacer nada”. Otro aspecto que ha cambiado es que los padres ahora se solidarizan con sus hijos y no con los docentes, muchos de los cuales están abandonando la profesión por “estrés traumático”. Una vecina mía profesora estaba dando clase hace poco y el director entró de repente al aula para preguntar cuál de los alumnos había tirado una silla por la ventana. ¿Oscilará alguna vez el péndulo en la otra dirección?

Menciono la pericia de Ureña con la tiza porque mi escritura siempre ha sido abominable, y el teclado, cuyo dominio siempre ha sido uno de mis escasos talentos, la ha matado del todo. Mi padraastro me dijo que si no quería ingresar a la Escuela Naval, tendría que salir a trabajar (lo cual me hizo muy bien, entre paréntesis), así que ya en diciembre de 1966, a la semana de egresar, yo concurría a la Academia Pitman en la Avenida Cabildo para aprender dactilografía. Usaba una vieja máquina de escribir manual de marca Lexikon, con la que desarrollé - si no otros sectores de su anatomía - por lo menos los dedos de Mister Universo.

Aseveraba Eithel Orbit Negri que el idioma era la piedra angular de la civilización. A las dos clases con nosotros ya sabía el apellido de todos, y siguió siendo un amigo leal de la promoción. Una vez exclamó tan fuerte “¡Esta construcción EXIGE el subjuntivo!” que el oficial de guardia se asomó para ver qué pasaba. Recuerdo su ojo de lince mientras yo analizaba en el pizarrón la oración “Estampó una firma llena de arabescos”. Sujeto, verbo, predicado: todavía me interesan estos temas, tal vez porque trabajo como traductor, aunque el deterioro del idioma en estos tiempos es evidente, debido en parte a los mensajes de texto y electrónicos, y me temo que dentro de diez años la mayoría escriba en forma de texto y nosotros seamos los “dinosaurios” que todavía sabemos escribir “bien”; por ahora mi resistencia al declive general consiste en insertar un punto y coma en mis mensajes, de puro pedante....

Y se deslizaba por las baldosas la estilizada figura de Atilio Gamarro, con canas sedosas, andar de pantera y ojos soñadores. A mi criterio fue el ser humano más cálido y amistoso que nos enseñó, y además de impartir los temas de forma muy amena, nos permitía una cierta informalidad, hasta tal punto que una vez Eduardo le preguntó: “Señor, ¿por qué se divorció?”, aunque no recuerdo la respuesta. Afirmaba que “la lectura y los amigos le llenaban la vida” (¿dos bondades tal vez más constantes que los empleos y las parejas?).

Pazzaia nos hacía ponernos de pie para decir “Bonjour Monsieur”. Los profundos surcos de su frente se acentuaban al oír nuestra pronunciación en francés. El texto que estudiábamos trataba de la vida de una familia francesa de apellido Vincent, y no sé por qué me ha quedado en la cabeza la oración inicial de uno de los capítulos: “Mon père est machiniste à la gare de Saint Lazare”. Le hacía la vida difícil a Rubio (creo que por pronunciarlo una vez “mon peré”), aunque a Rubio sus otros talentos le habrán brindado muchas más satisfacciones en la vida que las sutilezas de la “liaison”. Y al terminar la clase, nos parábamos otra vez para decir “Au revoir Monsieur”. Entonces Pazzaia se iba a

conversar con su compinche Barbano, con grandes gestos, exclamaciones, protestas, sentencias y fulminaciones.

El atlético Zúñiga Berrade entraba corriendo a la clase vistiendo mocasines, pulóveres blancos, pantalones estrechos y anteojos oscuros. Tenía un físico juvenil (¿qué edad tendría? Claro que para nosotros en ese entonces un hombre de apenas 30 años era Matusalén), que conservaba aún cuando me lo encontré en Playa Grande varios años más tarde. Parecía ser una persona solitaria, muy culta y bien informada. Le hacíamos bromas, y una vez dio la espalda al pizarrón a propósito durante toda la clase porque se había percatado antes de entrar al aula de que habíamos escrito cosas pícaras, y no quería darse por aludido. Hablaba muy enérgicamente e insistía que la Argentina necesitaba no abogados, sino técnicos. Por su modalidad de hablar, esto se oía como: “tégnicos, cadetes, tégnicos...”

De las conferencias en el microcine tengo recuerdos muy escasos: una vez un ex embajador nos habló sobre “Diplomacia y Poesía”, un ecónomo de nombre Amílcar Mercader nos habló sobre finanzas, y un oficial nos habló de temas matemáticos, llenando el pizarrón con ecuaciones, que agudizaron mi intención de no dedicarme nunca a los números.

De los oficiales tengo varios recuerdos, y me vienen a la mente “la Morza” (¿se acuerdan que el gobierno de Onganía prohibió la publicación “Tía Vicenta” debido al título “Ha llegado la morza?”), “el Camionero” y otros apodos (sin dar nombres). No me acuerdo de todos, pero a Grigera, Menéndez, Pertusio, Martínez, Sciumbre, González, Mondino, Roccatagliata, Cattaneo, Lera y Piantanida los puedo visualizar perfectamente. Se me ocurre que tal vez hubieran preferido ocupar otro cargo y no estar destinados en el Liceo, aunque la verdad es que mucho trabajo no les dábamos. Me ha quedado también la consigna “Lo que se mueve se saluda; lo que no se mueve se pinta”.

A pesar de tanto tiempo transcurrido, retengo varias curiosidades: una de ellas es la palabra “cabín”, que me viene a la mente cuando veo una persona distendida y despreocupada por las ortodoxias (y que sin duda se divierte más que los “rocas”). Hemos observado el éxito de varios de nuestros “cabines” en diversos aspectos de la vida, y supongo que si no ingresabas a la Escuela Naval, la “aptitud militar” en el Liceo se limitaba a ser una ventaja teórica. Muchos años más tarde he soñado a veces que no llegaba a tiempo para tomar el tren que salía a las 22.05 de Plaza Constitución, o que no había estudiado para un examen. Del alfabeto naval confieso que sólo recuerdo “Ala – Bote – Coy – Dedo – Empleo”. En cuanto al ballestrinque y otras maniobras intrincadas, siempre he sido nulo en cuestiones técnicas, y si alguna vez decidiera abandonar este mundo, de ninguna manera usaría una sogá, porque seguramente me fallaría el nudo.....

El tiempo sigue pasando - y cada vez más rápidamente -, y en agosto de este año Mariano Resquín cumplirá los 65. Le sigo yo en septiembre con esa misma edad (y me tocará la pensión del Estado, que en este país asciende a unos 120 dólares por semana (¿qué estoy esperando para encargar el yate con pertrechos de oro? No, pensándolo bien, será mejor que me atenga a una de las máximas de San Martín dirigidas a su hija: “Amor al aseo y

desprecio al lujo”). No sé quiénes son los compañeros que nos siguen en “madurez”, pero creo recordar que Moutin y Galli eran los más jóvenes - ¿nacidos en 1950?

Seremos viejos, tal vez, pero no aburridos, porque observo en los diálogos electrónicos que han subsistido el humor, la picardía y la pasión por cuestiones políticas y sociales, pasión que llevó a varios compañeros a experimentar verdaderamente la abnegación y el sacrificio, y admiro su coraje y sus convicciones.

Y ahora podemos disfrutar de ciertas cosas por tener más confianza en nuestros mismos y un cierto acervo de experiencia. No quiero decir una conducta temeraria, aunque una literata inglesa ha escrito una poesía sobre su intención de envejecer escandalosamente, cuyo primer verso es: “Voy a vestirme de escarlata y aprender a escupir”. Eso sí, evitemos decir cualquier cosa abrupta con la única excusa de ser mayores, porque esto me ha irritado siempre en otras personas (sobre todo los parientes....)

Y cuando nos reunamos, las reglas tienen que ser:

- 1) Dedicar solamente tres minutos a las crónicas de nuestros hígados, cataratas, articulaciones o vesículas (cuando a un general le ofrecieron una vez la titularidad de una junta militar, la declinó diciendo: “Hay dos cosas completamente inútiles en la vida: la próstata y la presidencia”).
- 2) Respecto a las discusiones sobre política y religión (prohibidas por el Manuel del Régimen Militar, ¿se acuerdan?), creo que por lo menos debemos permitirnos la catarsis de criticar a cualquier gobierno.
- 3) Exhibir una sola fotografía (tamaño pasaporte) de uno o más nietos y cambiar de tema inmediatamente.

Espero que todos hayan seguido haciendo la vida sana de aquel entonces, o sea una intensa actividad física e intelectual, aunque ya no vigorizados por el oxígeno de Río Santiago.

Todos tendrán sin duda más recuerdos y anécdotas que yo para pintar un cuadro del Liceo; sólo puedo ofrecerles las caóticas pinceladas del mío.

Inglaterra, abril de 2012

Martin Lovell - Promoción XVI